

THE ONE I LOVE/YOU'RE THE ONE  
Silvia Nanclares/Jaron Rowan<sup>1</sup>

It's just no good anymore since you went away  
Now I spend my time just making rhymes of yesterday

Because one is the loneliest number that you'll ever do  
One is the loneliest number that you'll ever know  
One is the loneliest number  
One is the loneliest number  
One is the loneliest number that you'll ever do

“One” by Aimee Mann

I will die and a cat will eat my face. I don't own a cat,  
but when a single woman dies a cat appears

“I'm Gonna Die Alone (And I Feel Fine)” by Jen Kirkman

El amor es una tecnología. Una tecnología compleja que organiza cuerpos, ideas, arquetipos, deseos, maquillaje, hormonas, expectativas, double checks y condones y los coloca en diferentes disposiciones, estados de ánimo y espacios en el mundo. El amor distribuye estos ensamblajes y los ordena por categorías. El amor crea narrativas, líneas legibles con principio y fin. Ya lo decía La Celestina: mejor que el amor es poder contar su peripecia. La máquina de amor, la gran productora de relatos, normaliza los cuerpos diferentes, las emociones diversas, las expectativas impredecibles, estabilizándolos en grupos cerrados. Nos deposita en casillas de salida, en metas, en caminos más o menos transitables o, en callejones sin salida.

El amor se sirve de muchos recursos para distribuir a los cuerpos en el espacio. Las industrias culturales, a través de sus productos, llevan ya muchos años produciendo estereotipos de familias, estableciendo pautas de hogares, de parejas y de apartamentos, de enamorados sentados en alfeizares, jugando en boleras, peleando en parkings a las afueras del centro comercial, de ilusos cruzando el puente de Brooklyn, follando en descampados, soñando parajes originales para la celebración de boda, incursionando en saunas, y de veladas en restaurantes y vacaciones en bungalows en playas majas pero un poco masificadas pero bien valoradas en Tripadvisor. Preciado (2010) ya nos ha explicado bien la relación entre la revista Playboy y la producción de espacios. La producción de deseo y la disposición espacial, correlaciones que se repiten de forma asidua. Ya antes de la cultura hegemónica de la imagen, esta producción del deseo la suministró el imaginario de la novela, con sus categorías de lo que podía o no podía darse, de quién podía enamorarse o casarse con quién (en el principio, amor y matrimonio no eran un combo) o cuáles podían ser nuestros sentimientos. Sí, hemos amado lo que se sabía que podía amarse, hemos sentido lo que nos han contado que podía sentirse.

---

<sup>1</sup> Borrador del texto que con el mismo título ha sido publicado en VV.AA, (2016) *(h)amor2*. Madrid, Continta me tientes.

Y seguimos haciéndolo. La tecnología se perfecciona, se adapta, pero sigue funcionando como un reloj -a veces una bomba de relojería- narrativo de nuestros sentimientos.

El relato del amor es atravesado también por las diferentes religiones que prescriben cómo y con quién o a quién se puede amar. Se puede querer a unos cuerpos de una manera y a otros cuerpos de otra. Las religiones normalizan el tipo de deseo. El exceso se transforma en devoción. Organizan a los cishombres y cismujeres en grupos estables. Deciden quién puede tener amor por los niños, por los hombres, por las mujeres, por los iconos. Códigos morales determinan quién tiene derecho a ser amado por quien. Códigos morales que se vuelven códigos jurídicos. Regulación. De cuerpos, de espacios, de deseos y de sentimientos.

¿Y la prácticas del psi-? La psicología, el psicoanálisis, la psiquiatría, establecen que uno ha de querer a sí mismo, a sí misma. Si no te quieres, ¿cómo te va a querer el otro/a? A mediados de la década de los 50, la psicología perfecciona de nuevo el relato y, remezclando el “Conócete a ti mismo” presocrático y del “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” cristiano, ¡voilà!, se inventa la autoestima. Vaya máquina poderosa. Como un suero maldito que sube y baja, te hunde o te sube. Como la cocaína que llevamos dentro. No te van a querer hasta que llenes el depósito de autoestima. No soy digno de ser querido. Lacérate los brazos, siente algo, que no tienes autoestima. Vamos a sentarnos, cuéntame, ¿qué sientes cuando te miras al espejo? La autoestima es la máquina de producir góticos, emos, nuevos románticos. Anas y Beas. Adolescentes con los brazos heridos y los ojos maquillados. Los motivos, los sujetos y las manifestaciones de la historia del amor romántico van mutando, el relato básico sigue intacto. La máquina juega bien, cual río esquiva el terreno y se va colando en el tiempo, en la historia, en los cuerpos.

Y, claro, también el capitalismo. El amor y el capitalismo se vuelven la misma cosa. De hecho, nacen de la mano, como bien nos muestra la evolucionada novela victoriana, articulando todas sus tramas en torno al casamiento como gasolina del motor socioeconómico. Illouz nos lo traduce al presente. Hoy, actos de amor como actos de consumo. El anillo, los brillantes, las vacaciones, la pizza, la feria, el cine, las cañas, los gintonics, los gintonics, los gintonics, San Valentín, los detallitos, hoteles con encanto, la terapia de parejas, el crucero, el velero, el helado al final del paseo, la boda, las flores, el M, el gimnasio, el amor es siempre un acto de consumo. Las aplicaciones. Derecha/Izquierda. El consumo de cuerpos. Otro. Otro. otro. otro. Los cuerpos se reducen a descripciones. Las descripciones a fotos. Las fotos en scroll. Servidores remotos llenos de fotos que cayeron hacia la izquierda. Datos que se venden, todo se consume, de una forma u otra.

Las máquinas, por su parte, se van acoplando. A veces por capas. A veces en composiciones complejas que dejan huecos para la huida. Espacios por llenar con formas de amor aún no determinadas. Adán y Eva llegan a la isla desnudos, para que nada interfiera en el verdadero amor. Menos las cámaras y la gonorrea, todo fluye. La tecnología se va perfeccionando, cuanto más se vayan uniendo los ensamblajes menos espacios para escapar del amor. Las máquinas célibes resisten como pueden. Las máquinas célibes suspenden el deseo. Suspenden el género. Suspenden temporalmente la tecnología amorosa. Porque en el centro de la máquina

está el deseo. En los márgenes, que los grumos que no han podido ser absorbidos. Aquellas anomalías difíciles de clasificar. Cuerpos raros. Deseos excéntricos. Sujetos amorales. Nómadas. Anómalos.

Pero hoy no vamos a hablar de máquinas célibes (no, la soltería no es celibato). Ni de cuerpos que aceptan las reglas de la tecnología y devienen finamente con ella. Cuando se habla de amor se habla de constelaciones: de parejas, tríos, familias, follamigos, amantes, etc. La hegemonía de los discursos amorosos, la tecnología está centrada en el dos. A veces en el tres. Pocas en el cuatro o en el cinco. Pero eso tampoco implica que no se produzca el uno. Que la tecnología amorosa no produzca solteros, solteras, solteres. Es un subproducto de muchas de las máquinas que producen el amor. Pero es una figura amorosa potente. Ser soltero. Devenir soltera. Esto es el prelude de un trabajo arqueológico. El amor como medio. La arqueología de medios como manera de separar las capas. De introducir nuevas perspectivas. De pensar en nuevos cuerpos, deseos y posibilidades. La soltería como un subproducto poco pulido de la máquina que produce amor. Un género menor.

Las novelas, seculares guías lineales del amor como resorte de la identidad moderna, hicieron crack a comienzos del siglo XX. Nace entonces una potente tecnología, el monólogo interior, recurso que, pese a dinamitar la novela clásica, fue creado y perfeccionado por dos seres felizmente casados: Woolf y Joyce, y que, pese a su revolución, formal sigue enunciando el uno como espacio de carencia, de estado previo al dos. Se han definido muchos espacios de dos, de cuatro, de seis. Pero el relato amoroso no ha puesto mucho empeño en producir el espacio del uno más allá de proverbial *statu quo* del que se ha de salir a toda costa, desde Emma (no la de Bovary, quien se enriquece con el adulterio, sino la de Austen) hasta Bridget Jones. La máquina no es lineal, pero sí produce genealogías trazables. Líneas que van de A-->B. Produce lugares intermedios, la espera, la soledad, las expectativas, la redención amorosa y el fracaso. Esas flechas van cruzando los textos, los espacios y los cuerpos creando una coreografía amorosa.

Pero, ¿qué hay del uno? El soltero entra en el restaurante y estropea la máquina. Las mesas están puestas para dos. No puede existir una épica de la soltería. No hay espacios diseñados para la soltería. El espacio está optimizado para parejas y familias. Al restaurante le da igual si la pareja es Pepe con Pepa, Pepa con Pepa, Pepe con Pepe. La mesa es de dos. De cuatro. De pares. El soltero desestabiliza la producción. Se queda con la mesa del rincón. La de al lado de la puerta. El soltero come en la barra. El bocadillo y la caña. Tiene que compensar que no se maximiza el espacio de consumo pidiendo un chupito. Un carajillo. Ha de consumir de más. El soltero come cara a la pared. El espacio le distribuye mal. Sólo la barra y el soltero parecen encajar bien. Ponme otra caña. Halcones de noche, taburetes gastados.

La soltera llega a casa y el Hogar le recibe atroz. Los hermanos y las hermanas llegan siempre rodeadas de ruido. Llegan rodeados por una turba de pequeños cuerpos que se mueven rápido. Hacen ruido. Mueven objetos. Llenan el espacio. La soltera tan sólo llena la silla. Asume los reproches. No son verbales. Son miradas. Es el dolor de la abuela que no lo está siendo. El imaginario de los otros. Su felicidad, su ambición, su tranquilidad no tienen lugar en el Hogar.

Su vida trepidante de personas interesantes, lugares inusitados, copas de madrugada y planes realizables no tiene valor en el Hogar. Ese espacio no está diseñado para la soltera. En el Hogar o eres cuerpo turba o no eres legible, ubicable. Aún hoy la soltería, como la no-maternidad, ha de ser explicada, justificada, en el caso de las mujeres más, claro. El orgullo por la independencia aún está lastrada por la erosión en la autoestima social (aún construida en torno a lo relacional y no a los logros en el caso de la subjetividad femenina, de ahí la buena salud del tópico dicotómico de la solterona Loca de los Gatos vs Soltero de Oro). La organización del hogar, empapada de ideología de género, sigue desempeñando un papel capital en la construcción de la individualidad y su interacción con el cuerpo social. Y en su imaginario cultural, a pesar de advertirse la potencia de la intimidad, aún hoy, “los hombres son considerados individuos; las mujeres, simplemente ejemplos de un género”, Margaret Atwood dixit. ¡Necesitamos un relato politizado del uno, de la una y del uno!

El Hogar es para familias de muchos. La familia de uno es rara. La familia de uno + muchos/as no es descifrable. Las interdependencias no formales son abstracciones. No son fáciles de explicar. La narrativa del amor no ha sabido dibujar estas constelaciones afectivas. No ha sabido darles coherencia narrativa. Son imágenes difusas sin peso específico. ¿Estás en pareja o no? ¿Quién te cuidará cuando envejecas? ¿No te da pena pasar los domingos solo? La familia del uno es un proyecto difícil de asimilar. Es tranquila. No hay ruido. No hay discusiones. Tampoco tiene Hogar. El espacio del hogar del uno está por diseñar. El loft, con vistas y muebles de cuero no sirve. O el cuarto de cuarentón que aún vive en casa de sus padres. Ese es el espacio del soltero que no lo quiere ser. Del que tiene toallitas húmedas debajo del sofá por si el flujo de ella lo mancha, el semen de él lo ensucia. Está esperando. Ese espacio no sirve. Es un espacio de consumo de cuerpos. Aún hay que transformar el hogar en un Hogar. Y es así cuando surge la china en el zapato, la grieta en la ecuación que hace saltar la correa de transmisión cultural por los aires: la soledad. ¿No tienes miedo a la soledad? Nadie dibuja el Hogar del uno porque olería a soledad, a historia mala, aburrida, sin clímax a la vista.

El soltero, la soltera, convive con una ficción: la individualidad. La ficción de la soltería es que estás sólo. Estás sola. Una quiere escapar de soltería para escapar de soledad. La ficción de la soltería es que existes sólo, consumes sólo, sufres sólo y lloras sólo, solo lloras. En la ficción de la soltería no hay espacio para las constelaciones ni para las alianzas. Para las familias elegidas. Para las pandillas. Para las amistades profundas. Para los favores y las dependencias elegidas. La soledad es un término absoluto, como la soltería, como el amor. Categorías con las que no es fácil negociar, puesto que son prescriptivas. ¿Para qué te vas a abrazar a la soledad si puedes atarte al amor? Uno escapa la soltería para no tener que imaginarse a sí mismo yendo al Ikea solo.

La máquina del amor y su relato sólo produce un tipo de soltería: la espera. La máquina no es capaz de diseñar otras solterías, otras vidas. Produce al sujeto en espera. O estás en amor o estás en busca de amor. La soltería de la máquina sólo puede ser binaria. Eres o no eres UN soltero, UNA soltera. Las transiciones, constelaciones, exilios, celibatos y otras formas de estar no entran en la máquina que produce amor. La espera y la expectativa es lo mismo. Vestirse para gustar. La espera desgasta los cuerpos. La espera es poner expectativas en cada sonrisa,

cada beso, cada polvo, cada atisbo de chispa que acontece. Qué cansino es ser soltero. Ser media naranja. Ser sujeto en culpa, bajo sospecha. Hay que gustar en presente continuo, nunca se sabe quién te va a sacar de la soltería. Quien te va a meter en el ciclo de consumo del amor.

La soltera no quiere ir a un concierto sola. La pareja no va a conciertos. La soltera no tiene con quien ir por defecto. Vivir en amor es vivir un default, por defecto. No tener que pensar con quién vas a comer. Con quién vas a follar. Con quién vas a Mallorca. Con quién vas a sentir que tu vida es insatisfactoria. La soltera vive en wasap. El default de la soltería es el wasap. Antes de dormir, mensaje por wasap. El mensaje que llega de noche, cuando estás en pareja es sospechoso, es peligroso. El mensaje que llega de noche cuando estás en soltería es redentorio. Es de amor. Es de “a lo mejor me sacan de aquí”. Es de alguien piensa en mi. En la noche hay un ejército de tullidos mandando wasaps. Los tristes, las ansiosas, los decepcionados, las utilizadas, los que quieren mimos, las que quieren un abrazo, los quemados, las resabidas, los rechazados, las lectoras, los que necesitan su espacio, las que tiene habitación propia, los que se han terminado todo el porno, las que quieren que les susurren al oído, los que echan de menos, las que han podido escapar, los que viven lejos, las que viven cerca, los que viven en la misma ciudad pero nunca logran verse, todos, se pasan la noche mandando wasaps. El cielo nocturno está cubierto de mensajes de wasap.

El relato del matrimonio (el del matrimonio ideal, concebido siempre como inacabada conversación), que es el que sustenta la narrativa tradicional desde el amor cortés, subsiste y muta cuál cepa vírica por mera oposición a su contra-relato o némesis, no menos fuerte, el de la soltería. Que más que un relato es una reencarnación adulta del coco: la soltería como condena al soliloquio abocado al mercadeo digital postcapitalista. Por no hablar de la soltería en las ciudades como pasaporte fijo a envejecer sin cuidados y morir solo, tu rostro lamido por un gatito durante días hasta lijar la calavera. Le encontraron en la escalera de su casa, meado. Nadie se dio cuenta que la señora del sexto había muerto. Tardaron catorce años en encontrar su cadáver. Su cuerpo estaba plagado de cucarachas que cantaban embriagadas: ¡solterón, solterón, solterón! Así se va esculpiendo la imagen social de la soltería. Las tías solteronas de cenicienta que detestan que ella encuentre el amor. Los niños saben bien a quien jalear.

Desafío interesante para el imaginario cultural este de desactivar el monstruo de la soltería para proponer solterías complejas como camino posible, más allá de su útil instrumentalización como sujeto-ideal-para-el-capitalismo. Si el espacio de la intimidad y de la casa familiar fue desde el comienzo del relato del matrimonio percibido como un espacio potencialmente político, ¿por qué no hacerlo también con el espacio de la soltería? ¿Quizá una nueva novela victoriana para solteras? Imposible imaginar hoy un producto cultural tan compacto y vehicular como aquel, ¡el sino es la fragmentación digital y el microrrelato!, donde la soltería agarre la voz de los desheredados del matrimonio para construir modelos contra- hegemónicos que problematicen la propia idea de soltería y la pongan en valor más allá del eficaz trabajo que ya ha hecho el postcapitalismo para gentrificarla y mercadear con ella. La famosa Bachelor Chow (Comida para Solteros) de Futurama y su eslogan “¡Ahora con sabor!”, resumen con un solo trazo lo risible que se nos antoja aún la experiencia de la soltería. En inventar otra tensión más

allá de la sátira, una escritura de lo doméstico como espacio de deseo capaz de trascender la lucha a muerte entre el matrimonio y su anatema es donde está el desafío. Abrir un espacio crítico entre el uno y el dos. Diseñar los espacios, las emociones, los cuerpos y los deseos que se encuentran entre el uno y el dos. O más allá de ambos.

Una tentativa. El relato empezaría así: “Y salieron a manifestarse los solteros y las solteras. Empezaron a invadir las casas. A ocupar las pizzerías. Hordas de cuerpos decepcionados. Los que vieron fracasar sus expectativas. Aquellas que esperaban redención. Aquellos que esperaban soluciones. Cuerpos quemados por la máquina del amor que se van quedando en intersticios esperando a volver a encajar. Cuerpos que no han perdido el deseo pero si la inocencia y que se resisten a ser organizados de nuevo. Cuerpos que se taran. Cuerpos que la ven venir. Cuerpos que han visto cosas que no creeríais. No, no son cuerpos militantes ni críticos. Son cuerpos defraudados. Cansados. Resabidos. Hay muchos. Se han aliado con la soltería crítica. Con quienes no quieren vivir en ese amor. Han salido de sus pisos cochambrosos y están pidiendo espaguetis en el Ginos. Están abandonando las páginas web de contactos en masa para ocupar todos los apartamentos de Rusticae, todas las fábricas de las afueras para montar sus raves fofas. Están coloreando todos los hilos, todos los vínculos invisibles creando una trama densa de afectos y cuidados invisibilizados”. Pero no, la cosa será más tranquila. Ya hemos dicho que la soltería no da para épicas.

El amor es una máquina de visibilidad, lo que queda a oscuras, en los márgenes es la soltería. El amor produce grandes narrativas. La soltería ha vivido siempre en los pies de página. El amor es rimbombante, la soltería en cambio siempre ha sido sigilosa. Al amor se le ha asignado la alegría, a la soltería lo otro, lo innombrable, el apenas estar. El pasar desapercibido. Este principio de genealogía quiere visibilizar esa soltería ruidosa, esa soltería que no se desespera por entrar en amor, sino que se siente fuerte en ese otro lugar. Este principio de genealogía necesita de imaginarios, de narrativas, de cuerpos y de vidas diferentes. Requiere de espacios y lugares propios. De habitaciones desde donde describirse, desde donde poder escribir. A estas alturas ya todas sabemos lo que es capaz de producir la máquina de amor, pero existen muchas máquinas. Más pequeñas, más discretas, menos ruidosas, pero igualmente potentes. Vamos a acercarnos a ellas. Vamos a concatenar las máquinas que están lejos del haz de luz. Vamos a dibujar una soltería que no está en contraposición con el amor. Una soltería crítica, interdependiente y capaz. Una soltería colectiva. La soltería como vida en común. Con sombras y dudas, igual que en todo, igual que en el amor.



**Reconocimiento – Compartirlgual (by-sa):** Se permite el uso comercial de la obra y de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original.